

libertaria la convencieron para que se afiliara al Partido Comunista de reciente legalización. La secuela nostálgica anunciada desde las primeras páginas de la novela se complementa en este *altergo* del Luisito fascistón en la figura de su propia hija, contestataria y procomunista.

Los celos y desconfianza de don Santito León habían llevado al indiano a desconfiar de su yerno, alguien a quien sabiéndolo hombre sin escrúpulos había mantenido alejado durante tantos años; la edad y una enfermedad repentina le brindarán la ocasión al sargento de alcanzar lo que llevaba esperando tanto tiempo: la suerte de que su suegro pronto entregara su alma a Dios y testara a favor de su única hija. Las últimas cien páginas no hacen sino alargar una agonía mezclada con los sucesos políticos que justifican todo el proceso: un cambio vislumbrado por el Sindicato de los Trabajadores de la Tierra y la misma nieta del protagonista que acude a estar sus últimas horas con el abuelo y a convertirse en apoyo solidario con la causa social.

Buena parte de los personajes secundarios tan pintorescos como tronados muchos de ellos, aunque dotados de una humanidad poco habitual, imprimen el carácter de colectividad a una novela que durante tantas páginas ha sido orquestada en función de una única historia y que confiere esa conclusión final de tres dimensiones que puede verse en el relato, la profunda unidad de tiempo, la anchura del espacio esgrimido y la intensidad de las pasiones narradas que actúan de una manera concertada.

La llegada de Laura significará, finalmente, el reencuentro con un pasado y la garantía de continuación de un futuro, como queda apuntado por el pernicioso padre José Salomón; la joven apareció un lunes cárdeno y tan sólo Manuel Preciso estaba presente; cuando la descubrió en el otro andén de la vieja estación, el científico la llamó, la abrazó y le aseguró que su abuelo la estaba esperando; que su padre estaba convencido de que iba a ganar las elecciones, de que aunque las ganara no iba a ser el alcalde de Matabueyes porque la maldición de Angustias la de los Gallos se iba, definitivamente, a cumplir. El resto de páginas de *Los días del Sur* no hacen sino constatar la visión última del escritor Francisco Rivero que desde el inicio de su novela ha querido poner de manifiesto un tipo de relato de ambiente rural hoy casi desaparecido, el retrato de una sociedad que ha seguido alimentando

durante años rencores históricos, esa sociedad vinculada por señoritos de café y sostenida por otra reprensión eclesiástica, frente a la miseria y lucha por la tierra, las hambrunas de un Sur tipificado, todo envuelto, literariamente, en una maldición gitana que justifica el fin último y la insondable perversidad en que se ha visto sumergida la región hasta la celebración de las elecciones y el triunfo popular para configurar así un argumento que se debate entre lo lúdico y lo dramático, sobresaliendo esto último en una tierra que cree ya perdida y olvidada una memoria, que se sustenta en los grandes temas a que recurre el autor para contar su historia: primero, el imaginario para recrear el mundo en torno a Matabueyes, la tierra, las gentes, el ambiente, y segundo, la referencia al pasado, incluida la guerra civil y la larga época franquista, hasta desembocar en la fría perspectiva de la distancia y llegar a los días del presente, donde la ironía y el escepticismo se mantienen hasta el día de las elecciones y sólo se disipan cuando se cumple la consumación de la maldición.

Pedro M. Domene

El desasimimiento de la voluntad*

De un tiempo a esta parte, sobre todo en los últimos diez años, la obra de Heidegger ha tomado una rele-

* Hugo Mújica, La palabra inicial. La mitología del poeta en la obra de Heidegger. Trotta, Madrid 1995, 197 págs.

vancia innegable convirtiéndose en punto de referencia esencial. El pensamiento hermenéutico, deconstructivo, y algunos enclaves de la posmodernidad, ciertamente oportunistas y poco «obedientes» con el mensaje más singular del pensamiento heideggeriano, encuentran su foco de irradiación en aquel controvertido hombre de la Selva Negra. Se habla incluso de una izquierda y una derecha heideggerianas, pero ni voy a entrar en esa discusión ideológica, ni el libro que nos ocupa se presta a ello (más aún cuando actualmente ya no se sabe a ciencia cierta qué es eso de la derecha y la izquierda, qué las diferencia).

Sí quiero decir, sin embargo, que el arduo como difícil pensamiento de este filósofo, a veces oscuro —de tanta luz—, se ha hecho en ocasiones aún más inaccesible, más selva y más negro, debido precisamente a la labor de muchos de sus exégetas y epígonos. No vamos a mencionar aquí los casos en los que el alemán de Heidegger se ha vertido al *alemaño*, desoyendo sus advertencias pedagógicas (el aprendizaje en el pensar), produciendo una cantidad de extrañas palabras para las que hubiera bastado —en una lengua como la nuestra, eminentemente intuitiva— una simple metáfora (así no han conseguido otra cosa que calcular lo indecible en vez de indicarlo).

A Hugo Mújica le tenemos que agradecer, precisamente, el haber sido capaz de hacer claro lo oscuro (sin recurrir a virguerías lingüísticas), mostrando una voluntad pedagógica verdaderamente encomiable. *La palabra inicial* es una obra de tan simple estructura y pautado discurso, que puede ser considerada como un espléndido método de iniciación, ora pedagógico ora espiritual (incluso si no estuviera al fondo el referente heideggeriano). Para ello, creo que el autor ha sabido conectar e hilar secuencialmente aquel pensar heideggeriano —el conocido, sin total acuerdo entre los expertos, como el segundo Heidegger— donde la meditación alcanza sus cotas más altas y sugerentes. Dicho empeño, expuesto a través de un estilo meticuloso, rico y casi aforístico, tiene la virtud de esclarecer los términos e imágenes (capítulos 1 y 2) más evanescentes de la apertura heideggeriana hacia la mística. Porque el libro nos presenta y nos quiere proponer la lectura de un Heidegger eminentemente místico (la detención en Eckhart y Angelus Sile-

sius —pp. 157-188— es muy significativa al respecto), convencido de que la originariedad radical del poeta es la «actitud» más auténtica y consecuente con el misterio.

La cita de Paul Ricoeur sobre el mito, con la que se inicia la andanza del esfuerzo sintético de Hugo Mújica, es una verdadera declaración de principios, pues el poso mítico sobre el que pende el sentido es la relación básica a partir de la cual el autor «lee» los textos del maestro de Freiburg. Así pues, la tesis es clara: la fuerza del fundamento y su constante vigencia radica en el mito, en la duración que éste da a «algo» que no debe olvidarse porque es la travesía dinámica, activa, capaz de hacer posible la existencia. De este modo, el mito resulta del esfuerzo para que todo tenga un orden, se lo descubra. La certidumbre de que lo visto siga viéndose. Lo necesario. Establece la ley prístina, no escrita, frente al resto de «costumbres» parciales, que sólo pueden ser asumidas en el interior de un espacio más amplio. Se trata del referente principal de todas las referencias: el mito de «lo Sagrado». Eso desconocido, vivo al otro lado; en el descenso a la banalidad del «yo» y su voluntad, pero que el mito trata de buscar, de hacerlo búsqueda. Olvido del «ego», que es la pedagogía enarbola por el autor del libro. Justo la experiencia de nuestra ignorancia (*ir a Dios sin Dios*), el mito reconoce que el ser no es nuestro sino gratuidad, gracia (aunque a veces digamos ¡maldita la gracia!). Por ello, la obra nos sugiere bien a las claras que lo mítico es el anuncio de una tarea abierta, dispuesta constantemente a dar un rumbo a lo que no lo tiene, esto es, hacer del hombre el oficio de un arriesgado cartógrafo. Pienso que éste ha sido el reto asumido por Mújica, la carta que sigue el libro en su navegación espiritual.

El recorrido iniciático se desenvuelve —en una síntesis acertada del «Giro» heideggeriano— en cuatro etapas: Umbral, Salto, Abismo y Celebración. En Umbral accedemos a la exposición de los puntos cardinales del pensar de Heidegger, ahí se acotan y explican sin esoterismos la significación de términos difíciles con una agilidad y soltura realmente logradas. También trata de forma precisa la íntima y comprometida relación de su obra con el mito y la poesía (el Heidegger más lanzado a las inspiraciones presocráticas). Salto y Abismo es la explicitación contundente de la cercanía entre ambos.

Por último, Celebración acoge sus nupcias dando lugar al nuevo horizonte que se despliega en el regazo de su re-uni6n: *el espacio ontol6gico donde el poeta puede darle [al ser] voz.*

En palabras de Mújica, la metáfora que podría resumir el intento del libro, y el sendero de Heidegger, es ésta: *pedagogía de la pasividad.* Cualquiera que se haya acercado con cierto interés al pensamiento del discípulo aventajado de Husserl, entenderá el alcance y el hondo calado de esta expresi6n (en ella resuenan nombres como los de Parménides, Eckhart, Silesius, San Juan, Hölderlin o los más expresionistas como Stefan George, R.M. Rilke y Georg Trakl). Pedagogía inspirada en el Poeta, no en cualquier poeta sino en aquel cuya actitud es *Lichtung*, alma abierta al abismo del misterio, el desocultarse de lo oculto en tanto que reconocimiento, es decir, ni esto ni aquello, los entes, las cosas, sino su fondo inescrutable. Límite contra el que declina la voluntad de poder y, por tanto, su cálculo implícito. Hugo Mújica ha sabido ver, a mi parecer, esa relaci6n esencial entre disposici6n poética hacia el misterio, siendo capaz de expresar aquellas ideas heideggerianas de difícil ingestión. Así ocurre con la metáfora del «olvido del ser», uno de los retos más sesudos para los intérpretes (en cuanto a su verdadero alcance), que el autor ejemplifica y acota con esta sencillez: *El ser, es cierto, se manifestaba ocultándose pero su ocultarse era asombro y no olvido: era su misterio, no su vacío* (p. 19). Se trata claramente de la diferencia entre lo dado y el olvido de esa donaci6n para el acontecimiento de la voluntad, cuya última experiencia reside en la abolición del desasimiento.

A partir de este punto, el libro se centra básicamente en la cuesti6n del lenguaje. Y aquí observamos cómo se prodiga nuestro autor en su glosa al seguidor de Hölderlin¹. El elemento pedagógico que interesa a Mújica destaca de forma obvia, o así lo manifiesta al menos su interés, no apartándose en ningún momento de las indicaciones de Heidegger.

La figura del poeta cobra una fuerza monumental y arquetípica (el místico de la *poiesis*). Es el «maestro» por excelencia, para chasco de Platón. El desapegado que triunfa sobre la finitud celebrándola, no doliéndose (himno frente a elegía, juego frente a angustia, extroversi6n frente a introversi6n). Un decir, el suyo, sostenido

por la gratuidad pura (fuente de inspiraci6n de los pasajes más densos del libro), en tanto que «habla» ejemplar y testimonial del asombro y el misterio. Desde esta instancia toda obra original es desvelamiento, nunca violaci6n, no querer decir, sino dejar hablar, aparecer, volver al cauce donde el hombre abraza su tarea. Nuevo inicio que despliega el poeta transformando al «fue» en «sido», lo latente en sordina que se hace eterna. Por ello, el poeta es el que despliega constantemente la posibilidad de lo nuevo, un tiempo nuevo y su presencia. En consecuencia, Mújica propone a un Heidegger no sólo impulsor del mito sino de su sentido más profundo: la vuelta a lo Sagrado, a su aparecer y, con ello, la permanencia.

Este hombre nunca dice lo que quiere sino lo que puede. Pero, entonces, el poeta es siempre el mismo, el singular de los singulares, carece de nombre propio, de firma, pues ésta vendría a ser como las diferentes épocas de Lo Mismo. Un heraldo de lo que nunca es suyo, Bautista de la eternidad abierta del misterio. Ésta es, pensamos, la lectura que se desprende de la exposici6n de Mújica. Cada poeta que oye, que es puro oído, afirma una perenne comunidad esforzada por re-instalar al lenguaje en su tarea prístina. Libros y bibliotecas, expansi6n y límite a la vez de una única y elemental Alejandría esotérica. Monumento del recuerdo/celebraci6n como símbolo abierto, contemplado desde la recepci6n. Poetas referentes, y oferentes, advirtiéndonos del «momento único».

Necesitaríamos más espacio para precisar la actualidad y el alcance de esta obra de Hugo Mújica. Sin embargo, sólo nos hemos detenido en lo esencial, en las oportunidades que proporciona al neófito como al especialista. Una obra que deberían leer algunos poetas para conocer, siquiera remotamente, la distancia que media entre lo que hoy se llama poesía y antes se llamaba *poiesis*. Creaci6n y creatura.

José Ordóñez García

¹ En este sentido echo de menos alguna referencia crítica a la lectura heideggeriana de Hölderlin, por ejemplo la realizada por Paul de Man en «Heidegger y las exégesis de Hölderlin». Artículo aparecido originariamente en francés (Critique, 11, París 1955, pp. 800-819) y traducido posteriormente al español en una obra más extensa (Visi6n y ceguera. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1ª edic. en español Puerto Rico 1991)